

LA CONTRIBUCIÓN DE INTELLECTUALES EXTRANJEROS EN LA CONFIGURACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA URUGUAYA

THE CONTRIBUTION OF FOREIGN INTELLECTUALS IN URUGUAYAN HISTORIOGRAPHY CONFIGURATION

Tomàs David Sansón Corbo*

RESUMEN: El aporte inmigratorio ha sido fundamental en la conformación de la sociedad uruguaya contemporánea. En este artículo pretendemos estudiar un aspecto particular del mismo: la contribución de letrados extranjeros en la configuración del campo historiográfico nacional. Analizaremos la inserción –fugaz y efímera en algunos casos, prolongada y profunda en otros- de intelectuales como Juan Manuel de la Sota, Antonio Deodoro de Pascual (“Adadus Calpe”), Francisco Berra, Luis Desteffanis, Orestes Araújo, Gilberto E. Perret (el “Hermano Damasceno”), Emilio Ravignani y José Luis Romero. El objetivo es identificar la influencia ejercida por este conjunto de intelectuales en pro de los estudios, la investigación y la enseñanza de la Historia en Uruguay.

PALAVRAS CLAVE: Uruguay. Historiografía. Investigación Histórica.

ABSTRACT: The immigration intake has been essential in the configuration of contemporary Uruguayan society. In this article we study a particular aspect of it: the contribution of foreign attorneys and configuration of national historiography. We are going to analyze the inclusion of -fleeting and ephemeral in some cases, prolonged and deep in others- as intellectual Juan Manuel de la Sota, Deodoro Antonio Pascual ("Adadus Calpe"), Francisco Berra, Luis Desteffanis, Orestes Araújo, Gilberto E. Perret ("Brother Damasceno"), José Luis Romero and Emilio Ravignani. The aim is to identify the influence of this group of Intellectuals for studying, research and teaching history in Uruguay .

KEYWORDS: Uruguay. Historiography. Historical Research.

El campo historiográfico uruguayo

* Doctor en Historia. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (República Argentina). Artigo enviado em: 24/04/2014 e aceito para publicação em: 24/06/2014
E-mail: sltb@hotmail.com

El proceso de configuración del campo historiográfico (BOURDIEU, 2002) uruguayo fue lento y complejo. Se articuló en tres momentos: 1) fase embrionaria - desde el nacimiento de la República independiente (1830) hasta comienzos del siglo XX-; 2) época de transición y “fundación” -reinstalación del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay (1915), hasta la creación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República (1945) (en adelante FHC) y del Instituto de Profesores Artigas (1949) (en adelante IPA); 3) ciclo de consolidación (mediados del siglo XX en adelante).

En el siglo XIX el conocimiento histórico surgió y se desarrolló al influjo de condicionamientos y demandas endógenos (creación de vínculos cohesivos y consensos aglutinadores capaces de superar las convulsiones posindependentistas) y de la influencia exógena de autores argentinos de matriz unitaria. Los tempranos intentos de creación de instituciones o centros de formación especializada no prosperaron. El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, fundado en 1843 e inspirado en el homónimo de Río de Janeiro (1838), tuvo corta vida. Estos factores determinaron una fuerte heteronomía de la disciplina, ejercieron una acción ralentizadora y postergaron la constitución del campo historiográfico hasta mediados del siglo XX.

Los creadores de las primeras narrativas históricas no fueron historiadores propiamente dichos, sino “intelectuales” -en el sentido más genérico de la expresión (poetas, novelistas, periodistas, abogados)- entre los que se destacaron el argentino Juan Manuel de la Sota (Santa Fe, circa 1780 - Montevideo, 1858) y el español Antonio Deodoro de Pascual (Castilla, 1822 – Río de Janeiro, 1874).

A partir de la década de 1870, en el contexto de la modernización, comenzó la efectiva “nacionalización” de los destinos del Estado Oriental. Fue necesario generar un imaginario colectivo aglutinador que definiera mitos y símbolos comunes. Los gobiernos requirieron y apoyaron la labor de los historiadores “nacionalistas” y anatematizaron a quienes cuestionaron las glorias pretéritas, como el italiano Luis Desteffanis (Cremona, 1839 - Montevideo, 1899) o el argentino Francisco Berra (1844- Buenos Aires-1906).

Los primeros balbuceos del proceso de autonomización del campo historiográfico se produjeron en la década de 1880, pero fue recién durante el período batllista (a comienzos del siglo XX) cuando se dieron pasos concretos en pro del

mismo. Las reformas de entonces replantearon los debates en torno a la identidad nacional. La divulgación e imposición de axiomas nacionalistas en el sistema educativo había comenzado en el período anterior, pero en éste tuvieron un fuerte empuje gracias a la producción didascálica de dos inmigrantes europeos, el francés Gilberto E. Perret (“Hermano Damasceno”) (Cervens, 1874 – Montevideo, 1957) y el español Orestes Araújo (Islas Baleares, 1850 – Montevideo, 1915).

La persistente heteronomía del campo historiográfico puede explicarse, entre otras razones, por la acción ralentizadora de la corriente historiográfica de mayor predicamento, la “escuela tradicional” o “nacionalista”. Sus agentes –Pablo Blanco Acevedo y Juan Pivel Devoto, entre otros- se ocuparon de enriquecer y exaltar los mitemas fundacionales, pero desatendieron los aspectos teórico-metodológicos y la creación de centros de formación disciplinaria. Poseían, en cuanto “historiadores del Estado”, la posibilidad de regular el acceso, permanencia y exclusión del campo. Establecieron un monopolio en la legitimación del saber y de la actividad historiográfica.

En 1915 se refundó el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Se trató de “una entidad privada subsidiada por el Estado con la contrapartida de prestarle asesoramiento en las materias de su especialización” (ZUBILLAGA, 2002, p. 91). Contribuyó a la institucionalización de los estudios históricos²¹ y favoreció la labor de investigación. Funcionó durante varias décadas cumpliendo fielmente su cometido. A mediados de siglo entró en decadencia.

En esta etapa de transición faltaron mecanismos que viabilizaran la formación técnica y metodológica. La profesionalización de la labor historiográfica se concretó a mediados del siglo -FHC (1945), IPA (1949)-. La incorporación de docentes extranjeros, como los argentinos Emilio Ravignani (1886-Buenos Aires-1954) y José Luis Romero (Buenos Aires, 1909 - Tokio, 1977), posibilitó *aggiornar* la disciplina y facilitar el relacionamiento de los historiadores uruguayos con sus pares de otras partes del mundo. Se articularon redes que permitieron superar el provincianismo historiográfico. Ingresaron nuevos temas y problemas en la agenda de investigación.

²¹ En la década de 1920 se fundaron otras instituciones como el Instituto de Estudios Superiores, la Junta de Historia Nacional y la Sociedad Amigos de la Arqueología. El fenómeno refleja la necesidad por organizar y canalizar los estudios históricos a efectos de superar el tradicional enfoque individual con que se realizaban. Contribuyeron, por un fenómeno de acumulación de masa crítica y de experiencias académicas, a la definición del campo.

La titulación profesional se transformó en requisito de reconocimiento académico. Este mecanismo de validación endógena favoreció la autonomización del conocimiento histórico y por ende, la definición de su campo. Se incrementó el “juego” y la “competencia” entre los agentes (autores/instituciones) por la legitimación de convicciones y posiciones.²² La estructura del campo tendía a la conservación, pero las “luchas” lo transformaron lenta y paulatinamente. Nuevas generaciones de historiadores formados en la FHC y en el IPA, disputaron y compitieron por validación intelectual, acceso a cargos académicos o fondos de financiamiento.

El aporte de letrados extranjeros

En el proceso reseñado desempeñaron un rol preponderante una serie de historiadores extranjeros que se radicaron en Uruguay, internalizaron el “inconsciente cultural” (BOURDIEU, 2002, p. 47) imperante e incorporaron las claves del “habitus” hegemónico (BOURDIEU, 2002, p. 106). A continuación analizaremos el carácter de sus contribuciones.

Las primeras glosas del pretérito: Juan Manuel de la Sota y Antonio Deodoro de Pascual

Juan Manuel de la Sota, “el primero de los historiadores nacionales” (PARADEDA, 1951), nació en Santa Fe a fines del siglo XVIII²³. Estudió en Córdoba. En 1815 comenzó su actividad castrense, fue ascendido en 1818 al grado de Capitán del Regimiento de Voluntarios de Caballería de Campaña de Buenos Aires. Permaneció en esa ciudad hasta 1830, cuando debió escapar debido a la persecución política ejercida por Juan Manuel de Rosa. Se radicó en el Estado Oriental.

En Uruguay ocupó diversos cargos en la administración pública -Oficial Primero de la Jefatura de Policía de Montevideo (1837-1841), Secretario del Poder Legislativo

²² Los referentes del sociolecto encrático no estuvieron dispuestos a contemplar pasivamente la pérdida de su larga hegemonía. La corriente tradicional se abroqueló en el Museo Histórico Nacional. Bajo la orientación de Juan Pivel Devoto, director del mismo a partir de 1940, se conformó un equipo de trabajo muy compacto. La *Revista Histórica* canalizó los productos de las indagaciones realizadas por este grupo que representó el cenit de la historiografía nacionalista.

²³ No existe acuerdo sobre su fecha de nacimiento.

(1841-1852), responsable del Archivo Público (1850-1852), Miembro Supernumerario del Instituto de Instrucción Pública (1855)- y el Parlamento -Senador en 1853, vicepresidente de la cámara en 1855-. Se destacó como docente y pedagogo. Plasmó sus ideas en el *Plan General de Enseñanza Mutua* y en el *Ensayo sobre la adopción del método de mutua enseñanza y análisis de las causas que retardan su progreso*, documentos elevados al gobierno entre los años 1833 y 1834.

Reunió una importante biblioteca y archivo que despertó interés y curiosidad entre sus contemporáneos, particularmente en Andrés Lamas y Bartolomé Mitre. Dejó una temprana e interesante producción historiográfica. Particular destaque merecen: *Historia del Territorio Oriental del Uruguay* (1841) y *Catecismo Político e Histórico de la República Oriental del Uruguay* (1850, primera edición; 1855, segunda edición corregida y aumentada). En 1857 publicó el opúsculo *Errores que contiene la Memoria sobre la decadencia de las Misiones Jesuíticas que ha publicado en la ciudad del Paraná el Dr. Martín de Moussy*, una de las primeras expresiones de disenso y polémica historiográfica. Dejó inédita una obra titulada *Cuadros Históricos de la República Oriental del Uruguay*.

La Historia del Territorio Oriental del Uruguay (1841) es su libro más conocido. Se trata de un relato coherente y panorámico de los orígenes y evolución del nuevo Estado. Tiene por objeto estudiar la plataforma esencial de la comunidad política: su base territorial. El autor lo concibió con la pretensión de generar una conciencia histórica entre los orientales, elemento indispensable para: a) enfrentar las asechanzas que se perfilaban en el horizonte de la República, b) afianzar su independencia y d) construir una identidad nacional.

Utilizó todas las fuentes que era posible reunir en aquellos momentos (cronistas de Indias, las publicaciones documentales de Pedro de Angelis, papeles del Archivo Público de Montevideo, entre otras). El propósito original era cubrir el arco cronológico 1512 a 1817, pero la edición final fue fragmentaria, abarcó desde el descubrimiento hasta 1776 e incluyó un capítulo relativo a las invasiones inglesas. Realiza una exposición sumaria, cronológicamente ordenada y descriptiva de los acontecimientos. Matiza el texto con descripciones geográficas y abundantes referencias a la flora y fauna. Introduce información etnográfica sobre los habitantes antiguos y modernos del territorio uruguayo.

El trabajo presenta una impronta moralizante y pedagógica, expresada especialmente en la “Dedicatoria” a los “jóvenes orientales”, en la que los invita a conocer y amar el pasado de su patria para estar preparados y asumir exitosamente los desafíos de su tiempo. Tanto la “Dedicatoria” como la “Introducción” contienen referencias sobre la importancia de los aspectos geopolíticos que condicionaban el derrotero de Uruguay en función de su posicionamiento geográfico. Con lucidez sentenciaba:

La localidad del territorio Oriental basta para que de continuo sea alterada su tranquilidad. Vuestros intereses están expuestos a encontrarse con los de los limítrofes y las aspiraciones de los poderosos. Ved aquí la razón de concentrar vuestros esfuerzos para haceros respetables en el exterior, librando la quietud pública a la liberalidad de vuestras instituciones (DE LA SOTA, 1965, t. I, p. 4).

Existe cierto consenso en cuanto que los *Cuadros históricos*, de carácter inédito, es una obra más completa y rigurosa. Fue redactada entre los cruciales años de 1848 y 1849. Analiza el período 1492-1828. Se conoce parte de su contenido porque en una *Contribución documental para la Historia del Río de la Plata*, publicada por el Museo Mitre en 1913, se divulgaron los índices de la misma.

El trabajo está estructurado en dos grandes partes, oficiando la Revolución de Mayo como gozne cronológico: la primera -compuesta por treinta y tres “cuadros”- estudia las relaciones internacionales y los conflictos de límites entre España y Portugal durante la época colonial; la segunda -integrada por quince “cuadros”- está centrada en la historia de los avatares entre el gobierno de las Provincias Unidas y el Imperio del Brasil. Según Oddone, en este opúsculo se alternan

el rigor documental con la referencia de la tradición o el recuerdo personal, sobre un trasfondo subjetivo donde actúa un partidismo porteño al que suelen ajustarse muchas de sus observaciones, sus juicios de valor y su balance histórico de la época revolucionaria (ODDONE, 1959, p. 10).

Para calibrar la significación del aporte de Juan Manuel de la Sota debe tenerse en cuenta el contexto de producción de sus obras. Las fundamentales aparecieron durante el aciago período de la Guerra Grande (1839-1852) y la década inmediatamente posterior, cuando la influencia de Rosas primero y la injerencia brasileña después, pusieron en jaque la endeble independencia uruguaya. Mientras que los autores de la segunda mitad de siglo XIX forjarían la idea de nación, de la Sota actuó como obrero de la soberanía. Desde esta perspectiva parece adquirir sentido la troica conceptual en

torno a la que configuró sus obras: a) brindar un relato orgánico, panorámico e inteligible del pasado uruguayo; b) estudiar particularmente el problema de los límites; y c) la elaboración de un texto didascálico como el *Catecismo Geográfico-Político e Histórico*.... para divulgar sus investigaciones en el sistema educativo.

Para Juan Pivel Devoto, de la Sota contribuyó “para formar una conciencia histórica acerca de problemas que afectaban la supervivencia del país”. Sus esfuerzos de investigación estaban concebidos en orden a reunir información “que sirviera para tutelar los derechos territoriales de la República” (PIVEL DEVOTO, t. I, p. XXI).

En 1841 compendió parte de su *Historia del Territorio Oriental del Uruguay*, para “ilustrar a don Francisco Magariños, nombrado representante diplomático de la República ante la Corte de Brasil”. En 1852 hizo lo mismo con parte de los *Cuadros*... para asesorar a Luis de la Peña, “acreditado por la República Argentina para negociar el Tratado Definitivo de Paz con el Brasil” (PIVEL DEVOTO, t. I, p. XXV).

Otro de los extranjeros que se destacaron en la etapa embrionaria de la historiográfica uruguaya fue Antonio Deodoro de Pascual, también conocido por el seudónimo de *Adadus Calpe*. Se trató de un individuo muy particular que mereció juicios disímiles. Fernández Saldaña lo ubicó “entre la lista de hombres sin juicio cabal, o muy cercanos de la línea que limita la cordura” (FERNANDEZ SALDAÑA, 1926, p. 472).

Nació en Castilla en 1822 y estudió humanidades clásicas en su tierra natal, en Italia, Alemania y Francia. En 1844 abandonó Europa, seguramente por razones políticas, y comenzó un periplo de diez años que lo llevó a Cuba, Nueva York, Jamaica, Venezuela, Colombia, Brasil y Uruguay. Vivió de la enseñanza de idiomas y de la Filosofía. Recaló en Río de Janeiro en 1852, permaneció allí dos años y en setiembre de 1854 se estableció en Uruguay.

En la capital uruguaya desarrolló una intensa actividad periodística y cultural. Colaboró con importantes publicaciones como *El Comercio del Plata*, *El Nacional* y *El Eco de la Juventud*. Convocó desde las páginas de *La República* la apertura de una suscripción pública para editar una *Biografía del General José María Paz*, que quedó en proyecto y del cual no se conoce ningún manuscrito. En febrero de 1855 publicó una revista de frecuencia semanal titulada *La América del Sur*, dedicada a cuestiones literarias y artísticas, de la cual aparecieron trece números, el último correspondiente al

29 de abril de 1855. En marzo de ese año presentó a las autoridades de la Universidad un proyecto para fundar una escuela. A fines de abril anunció en la revista que la misma cesaba porque el director pensaba ausentarse del país. Abandonó Montevideo de forma intempestiva, posiblemente durante mayo de 1855, y dejó sin concretar los proyectos anunciados.

La residencia de Deodoro de Pascual en Montevideo fue breve pero intensa. Pudo reunir documentos y recabar testimonios orales que le servirían de base para la elaboración de una obra sobre Uruguay. Volvió a Río de Janeiro donde se estableció definitivamente. Logró la ciudadanía brasileña y vivió con relativa tranquilidad gracias a un cargo de traductor en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Este trabajo le permitió, además, acceder a documentación de importancia que utilizaría en sus publicaciones literarias e históricas.

Alcanzó renombre y fama en la capital imperial, no solo por sus méritos intelectuales, sino porque, entre otras cosas, supo alagar el oído de los poderosos, (especialmente del Emperador) con escritos de carácter apologético. Se presentaba ante los miembros de la corte brasileña bajo el misterioso seudónimo de *Adadus Calpe*, experto en ciencias ocultas e hipnotismo. En 1859 ingresó al Instituto Histórico y Geográfico Brasileño. Escribió en diversos medios, especialmente en el *Correio Mercantil* y el *Jornal do Rio de Janeiro*. Murió el 25 de setiembre de 1874.

Su producción literaria, histórica y esotérica fue abundante. Interesa referir aquí los *Apuntes para la historia de la República Oriental del Uruguay desde el año de 1810 hasta el de 1852* (París, 1865), obra dedicada a escudriñar la formación histórica del país. Comparte una característica con el trabajo de Juan Manuel de la Sota, el carácter inconcluso: de los cuatro tomos anunciados se publicaron los dos primeros. Es una crónica documentada pero superficial, meramente expositiva y orientada por un criterio exclusivamente cronológico en el planteo de los hechos. El gran personaje adquiere relevancia en la estrategia explicativa de los procesos históricos, aparecen esbozos de interpretación psicológica como clave para entender los procederes individuales.

Era consciente de las limitaciones de su trabajo:

En la actualidad ni siquiera existen crónicas de los Estados del Plata; no osamos emprender un tan difícil e interesante trabajo; mas nos atrevemos a presentar estos apuntes históricos, porque estamos convencidos de que serán como el cimiento de la verdadera historia (DE PASCUAL, 1865, t. I, p. X).

Abundan las citas y transcripciones documentales incluidas en el texto con el propósito de asignar credibilidad a lo expuesto.

Autores como Francisco Bauzá, Luis Melián Lafinur, Dardo Estrada y Eduardo Acevedo, valoraron negativamente el libro. Fernández Saldaña, por su parte, a partir de una revisión de documentos conservados en el Palacio de Itamaraty que fueron consultados por el español, defiende “la honestidad” con que de Pascual los utilizó: “limpiamente, sin modificaciones ni fragmentaciones que hubieran podido favorecer sus tesis” (FERNANDEZ SALDAÑA, 1926, p. 486). La “mala prensa” que cayó sobre la obra se debió tanto a su antiartiguismo, como a una explícita impronta discursiva de cuño “abrasilerado”. No ocultó su simpatía hacia la posición y los intereses del Imperio (actitud coherente con su ubicuidad político-ideológica).

A pesar de los cuestionamientos formulados, la obra de Deodoro de Pascual tiene ciertos méritos. Brindó un panorama coherente de la historia oriental del período revolucionario y de las controversiales condiciones en que se logró la independencia y la formación del Estado. Tiene, además, un atractivo especial que puede rechinar a los defensores a ultranza de la “tesis independentista clásica”²⁴, pues complejiza, y por tanto enriquece, el panorama de interpretaciones sobre la historia nacional que, especialmente a partir de las décadas posteriores, tendió a la homogeneidad.

Formalización del disenso: Francisco Berra y Luis Daniel Desteffanis

Luis Desteffanis nació en Cremona, Italia, el 21 de noviembre de 1839 y murió en Montevideo el 31 de agosto de 1899. Recibió una importante formación humanística y adquirió conocimiento de varios idiomas (francés, portugués, latín y castellano). Abandonó Italia en 1856 y emigró a América. Estuvo radicado inicialmente en Corrientes y luego en Buenos Aires (1860) donde comenzó su actividad periodística. En esta ciudad se vinculó con emigrados uruguayos pertenecientes al Partido Colorado. A través de ellos logró que Venancio Flores, una vez en el poder, lo designara catedrático de Historia Universal (1866) en Montevideo (ZUBILLAGA, 1991, pp. 40-58).

²⁴ Corriente historiográfica oficial y predominante hasta la década de 1950. Postuló una concepción esencialista de la nación (cuyos antecedentes retrotrae a la época colonial) y entronizó a José Artigas como héroe máximo de la “nacionalidad uruguaya”.

Se estableció en la capital uruguaya y desempeñó funciones como docente y periodista. Colaboró en diversos medios de prensa, especialmente, en *La Tribuna*, *El Siglo*, *L'Italia* y *L'Italia Nuova*.

Mantuvo estrechos vínculos con la colectividad italiana y participó de iniciativas culturales y benéficas. Estuvo entre los fundadores de la Sociedad Filo-Histórica (1874) y fue socio del Club Universitario y del Ateneo de Montevideo.

Permaneció fiel a las ideas liberales durante toda su vida. Expresión cabal de ello fue su adhesión a la Liga Patriótica de Enseñanza (1888), movimiento “que se propuso retomar la acción pragmática de Varela y vitalizar la Sociedad de Amigos de la Educación popular” (ZUBILLAGA, 1991, p. 54).

En 1884 publicó en *L'Italia* un artículo titulado “No monte en cólera”, en respuesta a ciertas acusaciones provenientes de *El Siglo*, referidas a que *L'Italia* no apoyaba debidamente los homenajes oficiales a José Artigas. Surgió un debate en el que participaron los principales diarios de la época. Desteffanis tenía una posición contraria a la corriente reivindicativa del caudillo y sostenía los pareceres de la historiografía liberal de matriz porteña y unitaria.

La oposición de Luis Desteffanis al gobierno, sumada a su abierto antiartiguismo, determinaron que Santos lo cesara en su cargo docente (decreto del 30 de setiembre de 1884). Se originó una situación tensa y conflictiva que terminó con la destitución del Rector José Pedro Ramírez -por haber defendido el principio de libertad de cátedra- y de los integrantes del Consejo Universitario. En 1888 fue restituido.

Como historiador no realizó una obra original, pero se destacó por la traducción de autores europeos y la divulgación de ensayos críticos con fines didácticos.

Los *Anales del Ateneo* se transformaron en una tribuna intelectual que le permitieron difundir observaciones, críticas y pareceres en torno a autores, libros y corrientes de pensamiento. Lo hizo a través de dos series de artículos, publicados entre 1884 y 1886, titulados: “Entre libros y periódicos. Apuntes de un bibliófilo” y “Celebridades contemporáneas”. Los escribió sin grandes pretensiones literarias, aclarando que se trataba de “meros apuntes no de un crítico (...) sino de un bibliófilo y como tales deben ser leídos y juzgados” (DESTEFFANIS, 1884, p. 419).

Dejó diversos proyectos pendientes. Uno de los más ambiciosos fue la edición de un libro titulado *Curso elemental y progresivo de filosofía de la Historia* del cual

publicó unas notas que había preparado para uso de sus discípulos y que aparecieron parcialmente en los *Anales del Ateneo* bajo el título “Notas sobre la Historia”. Tampoco pudo concretar, debido a una disminución notoria de su capacidad visual, dos trabajos que había anunciado: *Historia de la civilización americana* y una *Historia del Uruguay*.

Se manifestó como un crítico agudo y sagaz, tanto de autores europeos como americanos. Protestó objetividad y procuró ser ecuánime, incluso con quienes mantenía diferencias ideológicas. Fue pionero en Uruguay al plantear la necesidad de reflexionar sobre cuestiones de teoría y metodología de la Historia.²⁵ Contribuyó además, a difundir “todas las cambiantes posturas de la ciencia histórica en sus grandes transformaciones metodológicas en la segunda mitad del siglo XIX” (ODDONE, 1959, p. 20).

A través del magisterio en los denominados “cursos Preparatorios” de la Universidad, influyó con su particular forma de concebir la historia -basada en los criterios de la tendencia filosofante-, sobre diversas generaciones de políticos e intelectuales uruguayos (Francisco Berra, Pablo de María y Eduardo Acevedo Díaz, entre otros).

Coetáneamente a la labor periodística y docente de Desteffanis, el argentino Francisco Berra protagonizó sendas polémicas sobre Artigas a través de la prensa y el libro.

Berra nació en Buenos Aires el 3 de diciembre de 1844. Arribó a Montevideo con sus padres a comienzos de la década de 1850. Ingresó a la Universidad donde estudió jurisprudencia y se recibió de abogado (1872). Tuvo destacada actuación como jurista, periodista, educador e historiador. En 1894, en plena madurez y reconocido internacionalmente como pedagogo, el Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Guillermo Udaondo, le ofreció el cargo de Director General de Escuelas de la Provincia. Berra aceptó, se trasladó a esa ciudad y permaneció ocho años en el cargo. Murió en Buenos Aires el 13 de marzo de 1906.

²⁵ Lo hizo apenas asumió la cátedra de Historia, en el segundo semestre de 1866. “El curso (...) versó sobre temas de Historiología e Historia aplicada”, cuestiones de “Teoría y Metodología de la historia y de Filosofía de la Historia, se alternaron con estudios de Ciencias Auxiliares y con análisis de Historia de las religiones” (ZUBILLAGA, 1991, p. 47).

Tuvo un destacadísimo rol en el plano pedagógico. Fue estrecho colaborador de José Pedro Varela, escribió los primeros libros de pedagogía vernácula y desempeñó varios cargos, inclusive la presidencia de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular. Integró la delegación uruguaya en el Congreso Pedagógico de Buenos Aires (1882).

Durante sus años de estudiante de Derecho debió soportar las consecuencias de una enseñanza exclusivamente memorística que transformaba los cursos en instancias rutinarias y estériles desde el punto de vista del aprendizaje. Una vez recibido de abogado, decidió estudiar por su cuenta las materias esenciales de la carrera y reflexionar sobre los métodos de enseñanza y los problemas de la educación de su tiempo (HANSEN, 1995, p. 23). Encargado por la Sociedad de Amigos de la Educación Popular de dictar cursos de Pedagogía Teórica para maestros se encontró con la inexistencia de bibliografía adecuada para tales fines. Escribió una serie de obras entre las que se destacan los *Apuntes para un curso de pedagogía* (1878) y *Doctrina de los métodos* (1882).

Estaba interesado en la enseñanza de la Historia. En 1866 publicó la primera edición del *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay*, que fue utilizado como libro de texto por más de dos décadas. Expuso allí su visión sobre la Historia, una disciplina que debía “ser encarada con criterio filosófico y finalidad moral” (ODDONE, 1959, p. 15): la indagación del pretérito permitiría enseñar a las nuevas generaciones lo correcto y lo incorrecto, el historiador debería enjuiciar sin reparos a personajes y acontecimientos.

El *Bosquejo...* fue un libro muy controvertido. Desentonó con los esfuerzos que se estaban implementando para conformar un imaginario nacionalista. Esta disonancia resultó evidente desde el principio, pero eclosionó con motivo de la tercera edición (1881). Los portavoces del sociolecto encrático²⁶ ya estaban lo suficientemente fortalecidos como para no dejar pasar ninguna intemperancia. Carlos Ma. Ramírez le salió al cruce en un *Juicio crítico del Bosquejo Histórico de la República Oriental del*

²⁶ Discurso propio de los sectores sociales dominantes, administradores de las estructuras de poder; funcional y operativo a sus intereses de los sectores socialmente hegemónicos, pretende imponer sus contenidos a través de los medios con que cuenta el Estado (sistema educativo, prensa, museos, e instituciones públicas en general, entre otros). Es difuso y masificado, difícilmente reconocible, influye en las clases subalternas y contribuye a conformar la opinión pública. (cf. BARTHES, 1994).

Uruguay, por el Dr. Francisco Berra, donde retrucó los cuestionamientos a José Artigas. Le criticó basar su interpretación en fuentes parcializadas.

Las impugnaciones fueron respondidas por Berra en los *Estudios históricos acerca de la República Oriental del Uruguay. Defensa documentada del Bosquejo histórico, contra el Juicio Crítico que le ha dedicado el Doctor Don Carlos María Ramírez*. Ratificó las posiciones sustentadas en la primera obra y respondió todas las objeciones de Ramírez.

Las autoridades de gobierno reaccionaron. El 13 de setiembre de 1883 el Ministro de Fomento del presidente Máximo Santos, el Dr. Carlos de Castro, emitió un oficio dirigido al Director Nacional de Enseñanza, Jacobo Varela, prohibiendo la consulta y/o divulgación del *Bosquejo...* en el sistema educativo. También se dispuso su desaparición “del recinto en que se educa a la niñez”.

La contribución de Berra al desarrollo de la disciplina fue importante. Lo hizo en el marco de una polémica, instancia controversial que permitió la contraposición de ideas, metodologías y concepciones sobre el pretérito. Uno de los méritos más importantes del *Bosquejo...* fue brindar una visión cuestionadora del pasado nacional, disonante con un contexto epistémico en proceso de cambio: en 1881, año de la tercera edición, había comenzado la reivindicación oficial de Artigas. Intentó sustraerse a cualquier propósito apologético o reivindicatorio, escribió con la intención de descubrir la verdad y enseñarla. Su obra constituyó un esfuerzo por descubrir las leyes y/o regularidades que rigen el progreso social. No ambicionó consolidar el espíritu nacional, sino explicitar, desde el pasado, los principios políticos que construyen una sociedad democrática.

Consagración y divulgación de la “tesis independentista clásica”: Orestes Araújo y el Hermano Damasceno

Orestes Araujo nació en Mahon (Menorca, Islas Baleares) el 22 de octubre de 1850 y murió en Montevideo el 31 de agosto 1915. Desde muy joven se interesó por la cultura y la política, fundó el periódico *El Eco de la Juventud*, de existencia efímera. En el entorno de 1870 emigró a Uruguay. Desde su arribo al país se dedicó al periodismo, escribió para *El Nacional* y *El Ferrocarril*, entre otros medios de la época. En la

redacción del diario *La Paz* conoció a José Pedro Varela con quien colaboró años después. Fue servidor público durante casi treinta años. En 1880, luego de un efímero retorno a Europa, volvió a Uruguay y ocupó durante once años el cargo de Inspector de Instrucción Primaria en el Departamento de San José. Desempeñó funciones docentes en los Internatos Normales de Montevideo a partir de 1891.

Autor prolífico, escribió con mentalidad de maestro y preocupado por la difusión del conocimiento histórico. Entre sus publicaciones se destacan: *Episodios históricos* (1897), *Perfiles biográficos* (1899), *Resumen de la Historia del Uruguay* (1902), *Diccionario Geográfico del Uruguay* (1900) y *la Historia de la Escuela Uruguaya* (1911).

Contribuyó a la divulgación e imposición de una serie de ideas y mitos ideológico-nacionalizantes articulados por la oligarquía gobernante con criterios y efectos disciplinadores, acordes al esquema de país modelo (hiperintegrado y excepcional) que se estaba configurando durante el batllismo.

Obtuvo amplio reconocimiento intelectual. Integró importantes sociedades científicas y literarias como la Real Academia de la Historia (Madrid), la Junta de Historia y Numismática Americana (Buenos Aires) y la Sociedad de Panamericanistas (París).

Otro de los exponentes importantes de la historiografía didascálica uruguaya fue un curioso personaje de origen francés llamado Gilberto E. Perret, quien adoptó el seudónimo de “Hermano Damasceno”, el popular “HD”. Este religioso nació en Francia en 1874. Ingresó a los catorce años en la congregación de los Hermanos de la Sagrada Familia. Hizo su profesión perpetua en 1891 y ese mismo año fue destinado como misionero a Uruguay. Permaneció en tierra oriental hasta su muerte, acaecida el 28 de abril de 1957. Actuó durante varias décadas en el Colegio Sagrada Familia. Se transformó en padre espiritual y referente académico para varias generaciones de alumnos. Ocupó la dirección del instituto entre 1913 y 1923.

Escribió diversos textos de carácter didáctico (religión, matemática, geografía y gramática) pero se especializó en los de historia.²⁷ Algunos de ellos estuvieron vigentes

²⁷ Algunos analistas lo consideran el mejor creador de textos pedagógicos de Uruguay (Cf.: MAIZTEGUI, 2005).

durante cincuenta años en el sistema educativo. Su *Ensayo de historia patria* se transformó en obra referencial para maestros y profesores. Se publicó por primera vez en 1901 y fue reeditado en varias ocasiones hasta 1955. Recibió algunas críticas en la década de 1930 por parte de las autoridades de la enseñanza, en función de cierto filoclericalismo.

Predomina en el *Ensayo...* un discurso nacionalista con marcadores semánticos de fuerte contenido particularista y excluyente. La historia nacional está personalizada en individuos que adquieren el carácter de modelos. HD procuró sembrar hábitos cívicos y republicanos que permitieran transformar las costumbres atávicas, disfuncionales con los valores hegemónicos de cuño burgués de 1900.

Si bien HD no fue un historiador *stricto sensu*, resulta indudable que su abundante producción didascálica -hegemónica hasta mediados del siglo XX- tuvo un carácter original y resultó determinante para la divulgación de los contenidos esenciales del sociolecto encrático. Esta fue -conjuntamente con las innovaciones en materia pedagógica- su gran contribución: “ensayar” un discurso en clave de “historia patria” lo suficientemente atractivo, panorámico y didáctico, que permeó el imaginario colectivo.

Impuso representaciones y convicciones que coadyuvaron a delinear los rasgos originales de la identidad uruguaya, en una síntesis eficaz que retroalimentó las certidumbres autocomplacientes del “Uruguay feliz”. La crisis estructural que deshizo esas utopías no desdibujó totalmente los axiomas establecidos por HD, su fuerza propositiva puede apreciarse en una relativa perdurabilidad manifiesta en los manuales del siglo XXI.

En los albores de la profesionalización: Emilio Ravignani y José Luis Romero

En 1946, al advenimiento del peronismo, los historiadores Emilio Ravignani y José Luis Romero fueron cesados en sus cargos universitarios. A partir de entonces, y debido a gestiones de colegas uruguayos, fueron invitados por las autoridades de la Universidad de la República para colaborar en el proceso de creación del Instituto de Investigaciones Históricas de la FHC. Sin radicarse en Montevideo, pero viajando frecuentemente, ejercieron una influencia decisiva que aceleró el proceso de transformación de los estudios históricos en Uruguay.

Emilio Ravignani fue un destacado jurista, político²⁸ e intelectual. Desarrolló una proficua actividad como historiador y docente en el Instituto Superior de Profesorado, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de la Plata y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (de la que fue decano en dos ocasiones). Especializado en historia constitucional publicó algunas obras de singular trascendencia como la monumental *Asambleas Constituyentes Argentinas* (siete tomos, 1937-1940).

Contaba con un sólido prestigio -originado en su labor al frente del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires- que resultó decisivo para su nombramiento como director del Instituto de Investigaciones Históricas de la FHC de Uruguay. La designación motivó protestas en el Parlamento y la prensa, se cuestionó el hecho de confiar a un extranjero (un “porteño”) el estudio del pasado nacional.²⁹

La gestión de Ravignani (1947-1954) al frente del Instituto contribuyó a renovar las prácticas tradicionales. Estableció relaciones con centros académicos de Europa, Estados Unidos y América Latina; propuso un plan editorial para canalizar la publicación de fuentes; estableció programas y proyectos de investigación abiertos a indagatorias y contrastaciones empíricas. Fomentó la instalación de “delegaciones” del Instituto de Investigaciones Históricas en Buenos Aires, Sevilla, Londres y París, con el objeto de relevar documentación custodiada en repositorios de esas ciudades. La Universidad de la República lo distinguió con el título de *Doctor Honoris Causa* en diciembre de 1952.

José Luis Romero estudió en la Universidad Nacional de La Plata y se doctoró en Historia. Su labor de investigación estuvo referida a historia universal y latinoamericana, teoría de la historia e historia de la historiografía. Escribió obras referenciales como *Las ideas políticas en Argentina* (1946) y *Crisis y orden en el mundo feudoburgués* (1980). Tuvo una amplia actividad docente en la Universidad Nacional de

²⁸ Actuó en las filas de la Unión Cívica. Fue elegido diputado en varias ocasiones. Militó en contra del nazi-fascismo y laboró en pro de la República española. En 1922 fue designado Secretario de Hacienda de la Municipalidad de Buenos Aires.

²⁹ Las críticas tenían un tono nacionalista agresivo y estaban formuladas principalmente, aunque no exclusivamente, por adherentes al Partido Nacional. Deben contextualizarse en el ambiente de confrontación ideológica imperante en la época y en el marco de sospechas de cierto filofranquismo de Pivel Devoto (cf. ZUBILLAGA, 2002, pp. 76-83).

La Plata y en la Universidad de Buenos Aires. Fue rector de la Universidad de Buenos Aires (1955) y decano de la Facultad de Filosofía y Letras (1963-1966). Desempeñó un rol importante en la renovación historiográfica argentina posterior al peronismo.

En 1949 fue designado docente de dos materias claves de la Licenciatura de Historia de la FHC: “Introducción a los Estudios Históricos” y “Filosofía de la Historia”. Contribuyó a superar el modelo neopositivista vigente y propiciar un acercamiento del “estudiantado de Historia a la teoría del conocimiento, sorteando de tal modo el escollo generalizado de una enseñanza que oscilaba ente lo puramente fáctico y la interpretación `impresionista` del pasado” (ZUBILLAGA, 2002, p. 183). A partir de 1952 su labor estuvo centrada en el “Seminario de Historia de la Cultura”, espacio académico renovador, que estimuló el acercamiento de los estudiantes a las fuentes originales de conocimiento y la reflexión crítica sobre las mismas. El Seminario dio lugar en 1962 a la creación de la Sección Historia de la Cultura, dirigida honorariamente por Romero quien realizaba periódicas visitas a Montevideo. Bajo su orientación se formaron historiadores de la talla de Juan Antonio Oddone y Gustavo Beyhaut.

Conclusión

La contribución de intelectuales extranjeros ha sido fundamental en todas las etapas del proceso de configuración del campo historiográfico uruguayo. En particular debe destacarse: los tempranos estudios de Juan Manuel de la Sota sobre las alternativas que modelaron la delimitación del territorio oriental, base física sobre la que se desarrollaría la “epopeya nacional”; la generación de condiciones para la polémica y el debate en torno a la persona y acción de José Artigas, motivadas por Deodoro de Pascual, Francisco Berra y Luis Desteffanis, que permitieron -a partir de la confrontación de opiniones y convicciones ideológicas- exhumar documentos, pulir metodologías y pareceres epistemológicos dinamizadores de las investigaciones históricas; la labor de generalización y divulgación de los mitemas referenciales de cuño nacionalista, realizada a comienzos del siglo XX por Orestes Araújo y el Hermano Damasceno, a través de manuales escolares; los aportes Emilio Ravignani y José Luis

Romero quienes, mediante su acción docente y de investigación en la FHC, renovaron las prácticas tradicionales y formaron una pléyade de historiadores que, a partir de las décadas de 1950 y 1960, fundaron la “*Nueva Historia*”.

Los letrados extranjeros estuvieron presentes desde los albores del conocimiento histórico en el país. Realizaron aportes diversos y permitieron, por un proceso de acumulación, generar condiciones para posibilitar la autonomía disciplinaria a mediados del siglo XX.

Referencias bibliográficas

BARTHES, Roland. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Paidós, 1994.

BERRA, Francisco. *Bosquejo histórico de la República Oriental del Uruguay*. Montevideo: Librería Argentina de Francisco Ibarra, 1881, 3ª edición.

_____. *Estudios históricos acerca de la República Oriental del Uruguay. Defensa documentada del ‘Bosquejo histórico’, contra el ‘Juicio Crítico’ que le ha dedicado el Doctor Don Carlos María Ramírez*. Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1882.

BOURDIEU, Pierre. *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Montessor, 2002.

DE LA SOTA, Juan Manuel. *Historia del territorio Oriental del Uruguay*. Montevideo: Biblioteca Artigas - Colección de Clásicos Uruguayos, 1965, vol. 72, t. I.

DE PASCUAL, Deodoro. *Apuntes para la historia de la República Oriental del Uruguay desde el año de 1810 hasta el de 1852*. París: Th. Ducessois Editor, 1865, dos tomos.

_____. *Rasgos memoráveis do Senhor D. Pedro I, Imperador do Brazil, excelso Duque de Bragança*. Río de Janeiro: 1862.

DESTEFFANIS, Luis. Entre libros y periódicos. Apuntes de un bibliófilo. In: *Anales del Ateneo*. Montevideo, t. VI., nº 33, 5 de mayo de 1884, pp. 416-429.

FERNANDEZ SALDAÑA, J. M. El historiador Antonio Deodoro de Pascual. In: *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*. Montevideo, t. V, nº 2, 1926, pp. 470-476.

HANSEN, Jorge Cristian. Francisco Berra. Semblanza desarrollada en el acto de incorporación a la Academia el 8 de mayo de 1989. In: *Boletín de la Academia Nacional de Educación*. Buenos Aires, nº 18, mayo de 1995, pp. 23-25.

DAMASCENO, Hermano [Eduardo Gilberto Perret Vuagnoux]. *Ensayo de Historia Patria*. Montevideo: Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes, 1901.

MAIZTEGUI, Lincoln. El Hermano Damasceno: un pedagogo francés para la historia uruguaya. In: *Prisma*, Montevideo, nro. 20, julio de 2005, pp. 99-101.

PARADEDADA, Olga. *Juan Manuel de la Sota. El primero de los historiadores nacionales*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias, 1951.

PIVEL DEVOTO, Juan. La consagración pedagógica de HD. In: *Marcha*, Montevideo, 7 junio de 1957.

_____. Prólogo. In: DE LA SOTA, 1965, vol. 72, t. I.

RAMIREZ, Carlos María. *Juicio crítico del 'Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay' por el Dr. Francisco A. Berra*. Montevideo: Biblioteca Artigas - Colección de Clásicos Uruguayos, 1978, vol. 152.

VALERA, Juan. *Correspondencia*. Barcelona: Linkgua Ediciones, 2008.

VÁZQUEZ FRANCO, Guillermo. *Francisco Berra: la historia prohibida*. Montevideo: Mandinga Editor, 2001.

ZUBILLAGA, Carlos. En torno a la obra de Luis Desteffanis. Los orígenes de la enseñanza superior de la historia en Uruguay. In: *Garibaldi. Publicación anual de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo*. Montevideo, año 6, 1991, pp. 40-58.

_____. *Historia e historiadores en el Uruguay del siglo XX*. Montevideo: Librería de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2002.